

Preocupante Advertencia y Amenaza al PRD

Que se Juzguen los Hechos

- ★ En la Crítica Poco Importan la Buena o la Mala fe
- ★ Antecedente en el Liberalismo, no en la Revolución
- ★ PRI, el más Conspicuo Representante del Todo o Nada

LORENZO MEYER

El Presidente, en su informe al Congreso, dijo que su gobierno es y será respetuoso de toda crítica, pero "sobre todo cuando (la crítica) es de buena fe". En un sistema de hondas raíces autoritarias y presidencialistas como es el nuestro, siempre resulta preocupante que el Jefe del Poder Ejecutivo insinúe condiciones para ser verdaderamente respetuoso con la crítica.

El Presidente —y todo el gobierno— está en su derecho de hacer caso o no a los críticos. Sin embargo, y de acuerdo a nuestro marco jurídico, el respeto del

QUE SE JUZGUEN LOS

Sigue en la primera plana

gobierno frente a la crítica pública debe ser incondicional. En principio, nada tiene que ver en el asunto la buena o mala fe del crítico. Y es natural que así sea, pues, entre otras muchas cosas, quin puede juzgar la naturaleza de la fe en materia de crítica? En política —y esto reza tanto para el crítico como para el gobernante— la buena o mala fe son irrelevantes, y lo único sobre lo que realmente se puede y debe juzgar es la efectividad, los hechos. Un ejemplo de esto es el mismo proyecto presidencial: la defensa en el Informe del neoliberalismo ha sido hecha, estoy seguro, de muy buena fe. Sin embargo, eso resulta irrelevante para juzgar la propuesta presidencial; lo que realmente nos debe importar para evaluarla es su resultado. En efecto, lo importante del proyecto presidencial es determinar si ha favorecido o favorecerá el florecimiento de los valores que dice buscar y defender: la democracia, la soberanía y la justicia (la

formal y la otra, la social).

★
Pero si la crítica del Presidente a sus criterios es preocupante, lo es aún más la crítica oblicua hecha a sus opositores estructurales; a los partidos que le disputan el derecho a gobernar. Para cualquier televidente o lector medianamente enterado, fue muy claro a quién iba dirigido esta aparentemente obscura advertencia contenida en el informe del 10. de noviembre: "...ante la actitud democratizadora del Estado y la disposición decidida de la sociedad, conviene que los reducidos grupos que persisten en el dogmatismo del 'todo o nada' mediten sobre esas posturas: el antigobiernismo como filosofía sólo conduce a elevar sus tensiones a debilitar el respeto que requieren de la comunidad y a alejarlos, finalmente, de sus bases sociales de sustentación".

Tomada literalmente esta parte del mensaje presidencial, resulta que el jefe del Ejecutivo se encuentra hoy preocupado por el mal que les puedan ocasionar sus propios errores a un puñado de opositores. En efecto,

de persistir estos pocos opositores faltos de inteligencia en su antigobiernismo intransigente y absurdo, serán víctimas de tensiones internas, perderán el respeto de la sociedad y finalmente serán abandonados por sus bases sociales. Obviamente esta interpretación literal del texto presidencial no tiene ningún sentido. Es claro que al presidente —al actual o a cualquier otro— le conviene justamente que sus opositores persistan en conductas que les lleven a la irrelevancia política. Entonces, ¿por qué el presidente quiere, mediante el consejo público, rescatarlos de sus propios errores?

Si resulta absurda la interpretación literal del párrafo al que se ha hecho referencia, en particular porque resalta como lunar en un texto con el que se puede o no estar de acuerdo, pero al que se le debe reconocer calidad, entonces se hace necesario buscar otra interpretación. En realidad, detrás de las palabras presidenciales no puede haber otra cosa que una advertencia y amenaza al PRD, el destinatario obvio de

safortunado párrafo. El mensaje presidencial con dedicatoria al neocardenismo, es una demanda para que los dirigentes de esta corriente modifiquen su posición frente al salinismo, y entre en un tipo de negociación formal con el gobierno similar a la que desde hace tiempo tiene lugar con el PAN, oposición leal por excelencia, tradición y ahora colaboracionista por conveniencia.

★
Se puede o no estar de acuerdo con la decisión del PAN para negociar y con la negativa del PRD a hacer lo mismo, pero no se puede negar que ambos están en su derecho a tomar la ruta que han tomado. Sin embargo, creo que hay elementos para considerar que la forma como el presidente abordó el problema no fue la mejor, en primer lugar porque suena a amenaza, y en segundo porque si a alguien no le queda argumentar en contra de una supuesta política del "todo o nada" y en nombre de una supuesta "actitud democratizadora del Estado" es justamente al liderazgo del PRI, un partido

esencialmente antidemocrático que por sesenta años, y hasta la reciente elección de un gobernador panista en Baja California, se distinguió a escala mundial, por ser justamente uno de los más conspicuos representantes de la política del "todo o nada". Como se recordará, el viejo término de "carro completo" es justamente una descripción de la política priista y el sinónimo del "todo o nada". En realidad, hubiera sido mejor, y más compatible con la elegancia y la modernidad, usar en el informe presidencial otro argumento y otra forma —menos cargado de amenazas y más clara y directa— para alentar a un diálogo abierto y fructífero a una oposición muy golpeada por los fraudes electorales.

Pese a lo anterior, no hay duda que este primer informe del Presidente Salinas es una pieza de oratoria política muy efectiva. Lo importante del salinismo es su política económica, y en el informe se encuentran bien expuestos todos los argumentos posibles para defender: a) el cambio radical en la naturaleza

económica del Estado en favor de la empresa privada, b) la extraordinaria apertura de la economía hacia el exterior, y c) el cumplimiento o doxo de México con los gravosos compromisos contraídos con sus acreedores externos en el pasado. Sin embargo, hay puntos muy debatibles en el documento, uno de ellos es la naturaleza de la Revolución mexicana.

★
Desde hace mucho tiempo, el discurso presidencial en México está inmerso en argumentos de carácter histórico. En realidad, todo presidente mexicano se ve forzado a convertirse en historiador —en la variante de intérprete del pasado— para poder insistir que su gobierno es, ni más ni menos, que el heredero legítimo de los héroes nacionales y sus gestas. A partir del triunfo de la Revolución, prácticamente todos los presidentes se han sentido obligados a demostrar que su gobierno y su política son el resultado lógico de las luchas encabezadas por, y así se señala en este último informe, "los hombres de la In-

HECHOS

dependencia, la Reforma y la Revolución".

De la predecible trilogía, el Presidente Salinas eligió a la Revolución mexicana como la base real de legitimidad de su proyecto, cuando lo más lógico hubiera sido identificarse con los modernizadores originales: los liberales. De diferentes formas y a todo lo largo de su discurso, el Presidente buscó ligar la impresionante reforma del Estado que él y su grupo están llevando a cabo, con el "sentido original de la Revolución", en particular con la Constitución de 1917 y su nacionalismo. La propuesta del Presidente es interesante, desde luego explicable en términos políticos, pero sin duda discutible en términos históricos.

La Revolución mexicana fue la primera revolución nacionalista que puso el acento en identificar nacionalismo y democracia con justicia social. En efecto, el nacionalismo y la democracia de las revoluciones norteamericana y francesa en el siglo XVIII, y el de las revoluciones frustradas de Europa en el siglo XIX, no tuvieron el carácter de movimientos que identificaran a la nación y al Estado con el pueblo por la vía de la búsqueda de las reformas sociales en favor de las clases más débiles, pero justamente ese fue el caso de México.

★

La Revolución mexicana fue un movimiento social tan violento como singular; respuesta única, original, a condiciones de opresión social extensamente diseminadas en el mundo periférico. El salinismo es justamente lo contrario; se trata de una variante de un movimiento político muy generalizado en todo el mundo periférico, y que poco tiene de singular y menos de nacional. Que conste que la falta de originalidad no es, en sí misma, ni buena ni mala —todo depende de sus resultados sociales—, pero sin duda coloca a la tecnocracia salinista dentro de lo que podríamos denominar una internacional del neoliberalismo —los economistas del gabinete y del gobierno en general, podrían moverse con igual soltura en México, Estados Unidos, España o Inglaterra— y no dentro de la categoría de grupo singular, que es donde históricamente están quienes llevaron a cabo la Revolución mexicana.

Con ligeras diferencias, la política encabezada en Mé-

xico por Carlos Salinas, es la misma que se está poniendo en práctica hoy en la Argentina de Carlos Saúl Menem, en la Venezuela de Carlos Andrés Pérez, en la Bolivia de Jaime Paz Zamora o en la España de Felipe González, para mencionar sólo unos cuantos ejemplos por todos conocidos. Pretender que lo que se hace en México hoy es el retorno a las raíces de la Revolución mexicana es equivalente a pretender que Menem, Pérez, Paz Zamora o González, andan igualmente buscando, aunque sin saberlo, la inspiración de los revolucionarios mexicanos para modernizar sus propios países por la vía neoliberal. No, por ese camino no se clarifica lo que está sucediendo en México.

La Revolución mexicana fue una movilización de las masas que se hizo a contrapelo y no en favor de las reglas imperantes en el capitalismo mundial. Por esa y otras razones, el movimiento iniciado en 1910 en nuestro país tiene una esencia muy distinta —contrapuesta— a la del actual proyecto de gobierno, que considera prioritario e indispensable adecuar las estructuras sociales y económicas mexicanas a las necesidades del gran capital nacional e internacional. El proyecto salinista busca, en primer lugar y sobre todo, la optimización en el uso de los factores de la producción mediante la destrucción o reforma de los intereses creados —corporativos y estatales— que impiden el libre juego de las fuerzas del mercado. La Revolución mexicana, según la interpretación que le dio el constituyente de 1916-1917, fue un movimiento de masas cuya meta básica era usar la fuerza del nuevo Estado para crear, por primera vez, la justicia social sustantiva incluso si para ello había que chocar con las brutales fuerzas del mercado nacional y mundial, fuerzas que habían modernizado al país pero, a la vez, ahondado más las de por sí vanos injusticias de una sociedad producto de un colonialismo y una discriminación racial seculares.

★

Es posible que en las circunstancias actuales el gobierno de Carlos Salinas considere que la salida más práctica para reactivar la economía mexicana es el neoliberalismo. El planteamiento es válido y puede y debe ser discutido en sus propios términos —que son los de la eficacia—, sin tener que pretender un imposible: que la actual política económica es el retorno a las fuentes originales que inspiraron a la Revolución mexicana. Las fuentes de inspiración de la reforma salinista del Estado, de la economía y de la sociedad mexicana pueden estar en varios lados dentro y fuera del país, pero no en el México de 1917, y cualquiera que reflexione un poco al respecto lo sabe.